

Fue la maquina terrible

Luis Felipe Romero Suárez*

Escuché perros ladrando afuera, al otro lado de la ventana. Entonces se me ocurrió que sí, que allá el mundo seguía siendo el mismo; que las personas seguían caminando y debajo de ellas las calles seguían soportando sus zapatos; que los sartenes seguían friendo huevos en casas infinitamente amarillas; que las televisiones seguían perdiendo sus pixeles uno a uno. En fin, que seguían habiendo perros para ladrar al otro lado de una ventana, una como ésta, la que me estampa en el rostro una poquita de la luz que nos llega de los postes.

Esteban me dijo que faltaban 20 minutos para que dieran las 11 (no tenía él cómo asegurármelo, pero tampoco es que yo tuviera razones para no creerle), antes de que se lo llevaran, y de eso ya han pasado, imagino, unos 30 minutos. Escuché las tres ráfagas y me hice a la idea de lo obvio. Estuve un rato imaginándolo, dibujándole su cuerpo güero todo sucumbido ante el plomo, con las piernas sin muchas ganas de sostenerlo y él, pobre Esteban, pensando todavía en su madre (la señora que le preparaba frijoles negros antes de irse a la escuela, cuando todavía podía ir a la escuela). Y después de la tercera (¿o segunda?) secuencia de disparos, Esteban perdió el nombre; se lo quitaron con un rifle y lo echaron fuera del cuarto a donde se lo habían llevado; ahora Esteban ya no es Esteban, es un número, si acaso. Y sin embargo, todavía lo nombro, todavía me acerco a él como lo haría hacia una persona, y no sé por qué.

Yo repito mi nombre en voz alta para recordármelo, a mí y a los perros que siguen ladre y ladre; a las paredes que nos vieron a Esteban y a mí platicar de su madre y de los frijoles y del terreno que habría de encontrarse un día afuera de su casa después de haber trabajado lo suficiente. Ellas (las paredes) no me vieron decir gran cosa porque no hay gran cosa qué decir acerca de mí, tan sólo que no

* **Estudiante de Licenciatura en Música, Benemérito Conservatorio de Música del Estado de Puebla.**

corrí lo suficiente como para escapar. Que no fui lo suficientemente cobarde, porque si las piernas no te tiemblan de miedo, puedes estar seguro de que tarde o temprano te van a coger. Y eso no podía decírselo a él, porque aún en estos momentos, yo procuraba mucho la imagen reservada que, según yo, le habré dado con el poco tiempo en el que pudimos conocernos. Así que me limitaba a mirarlo a los ojos (o eso que la apenas luz que teníamos le lograba dibujar en la cara), escuchar y mover la cabeza según fuera el caso. Me contaba todas sus cosas como si tuvieran alguna clase de importancia, como si no supiera que más tarde habrían de borrarle la historia a punta de cañón. Pero igual yo escuchaba.

Y mira que ya me están dando ganas de extrañarlo, porque si bien no era una persona que me fuera particularmente agradable (su manía por hablar al mismo tiempo rápido y tendido me ponía los nervios de punta), al menos en este momento podría estarme escuchando, ahora, que ya me entró la necesidad de hablarle a alguien. Me dan ganas de escuchar mi nombre dicho con su voz, que lo repitiera de vez en cuando, ¿en qué momento se te ocurrió esto, Pedro? o mira, Pedro, yo estoy de acuerdo con lo que dices. O cualquier cosa, carajo, pero escucharme desde afuera y no en esta patética letanía que repito por puro reflejo. Tal vez si le hubiera contado que yo estudiaba para ser profesor, me habría dicho Profe. Porque a los maestros se les guarda cierto aprecio entre la gente, y no es que me interese algo así, pero supongo que una cosa semejante podría ponerlo a uno de buen un humor en estas circunstancias. Se me fue la oportunidad de contárselo, o de hablarle de Judith; hablarle de sus chinos negrísimos con olor a cabello de Judith; de su sonrisa entre severa y atractiva, hablándome de pinturas al óleo. Y lo que me guardaría (o a lo mejor no) hubiera sido la forma tan linda en la que sus empeines se dejaban acariciar, o sus muy particulares contrastes de tono entre muslos y pechos entre nalgas y tobillos, o el gusto que le tenía a mis dientes atrapándole los omóplatos. Entonces se me ocurre que prefería tenerla a ella y no a Esteban aquí, conmigo. Pero sólo un rato, lo suficiente como para platicar y llorar y coger y escucharla y llorar un poquito más. Porque no la querría en este lugar cuando los soldados regresaran, para que a ella también la dejaran anónima y le hicieran quién sabe qué chingados a su cuerpo objeto. No, a ella la

prefiero en su habitación, pintando o leyendo o sabiéndose infinita y maravillosamente fuera de este cuarto.

E incluso Mauricio y Octavio (ya he bautizado a los perros de afuera) me la recuerdan, porque cada vez que por la calle nos encontrábamos un pinche perro, ella se veía físicamente obligada a acercárseles y darles cuantos mimos le fuera posible. Y no es que yo odie a los perros, pero me considero más una persona de gatos. Imagino a Calígula deslizándose por las paredes, ya hecho sombra y fisuras de concreto, acercándose y dejándome acariciarlo un rato, para después volver a perderse hasta saltar por la ventana. Veo a Calígula irse corriendo y dar con los brazos de mi mamá. Los imagino a los dos, platicándose sus cosas de madre y gato: que si Pedro no se había terminado el desayuno; que si Pedro había hecho un mal modo; que si Pedro no había llegado de la marcha. Y me la imagino a ella y a sus manos amasándome los cachetes, diciéndome que no fuera pinche ridículo y que me fuera a trabajar, con todo el amor de una madre que quiere, si no fuera mucho pedir, que su hijo regrese a casa con vida. Pero yo tengo un deber ético, mamá, no puedo quedarme quieto así nada más, tenemos que hacer algo, ¿tenemos quiénes, pendejo? Pues Esteban y yo, un Esteban entonces insospechado para mí y sin embargo ya íntimo, de esa forma que sentimos los jóvenes que nos creemos capaces de cambiar algo en este país. Y entonces le besé la mejilla y me llevé sobre todo el cuerpo ese pendejo, ese pendejo a punto de reventar de tanto amor y tanto miedo que le había inyectado, le dije te amo con la perilla de la puerta al girarla y me salí sin agregar otra cosa.

Pero con esta jodida sombra atiborrándome los párpados, bien podría ser ese rectángulo negro de enfrente, la puerta de mi casa. Bien podría yo levantarme, girar la perilla otra vez y ver a mi mamá, ella tan preciosamente molesta y aliviada de encontrarme completo y todavía con nombre. Pedro, me dice, por qué chingados no me hiciste caso, me dice. Pero entonces, cruzando estos dos metros de abismo, le diría que no, que lo habíamos logrado; que habíamos logrado con tanta rebeldía y tanta furia eso que queríamos, que para cuando ella tuviera nietos esos nietos podrían salir a estudiar y ser libres y ser comunistas (o en su defecto, capitalistas, o lo que se les hinchara la regala-gana) con la seguridad de que nadie los iba a apresar, que nadie los fulminaría entre tierra y gritos por cometer

Pero con esta jodida sombra atiborrándome los párpados, bien podría ser ese rectángulo negro de enfrente, la puerta de mi casa.

el pecado mortal de tener una idea y defenderla. Pero no, con una chingada no, no pudimos hacer nada. No pudimos ni meter las manos cuando de todos lados empezaron a llegar la policía y el ejército y hasta su puta madre. No pudimos hacer nada para remediar la desobediencia con nuestras mamás, para remediar los malos modos con los que nos salimos de casa a andar de pinches ridículos.

De nuestros redobles de zapatos apenas quedan patrullas buscando los pocos o muchos que habrán quedado de nosotros. Pero gracias a Dios yo tengo al Mauricio y al Octavio, ladrándome mi nombre, recordándome que sigo vivo que sigo escuchándolos desde ese mundo que se me anuncia ya tan distante, tan imposible. Y entonces abren la puerta (que al final resultó dar a un pasillo con dos soldados y no a mi mamá con Calígula sobre su hombro), la abren y se me acercan entre voces y ecos. Me llevan de los brazos por un pasillo como de escuela, con las paredes desnudas y cercadas apenas por una que otra cuarteadura. Los volteo a ver y entiendo que preferirían estar en otro lado; que si fuera por ellos yo ya me habría ido y estaría cenando tortitas de carne deshebrada, yo con mi familia y ellos con sus respectivos. Porque se mueren de hambre, porque entre la traición y la miseria, también a las personas les pueden dar ganas de comer. Porque igual y también quisieron estudiar para ser profesores, pero a ellos les ganó la necesidad de verse diferentes a lo que entonces eran (tan jodidos y puercos como somos la raza, la gente). Entonces sí, me sé como ellos, no, me sé ellos. Me sé de uniforme verde de botas altas; me sé con rifle en mano, abriendo la puerta donde habíamos guardado a los dos pendejos que agarramos entre el zócalo y Reforma; me sé levantando al prieto, a ése que se supone se llama Pedro, entonces cuando abrimos la puerta el muy putito estaba todo meado, chillando del miedo; me suplicó que lo dejara irse, que tuviera tantita piedad, entonces yo le apunté bien en medio de los ojos (aunque terminé dándole en todo el cuerpo) y jalé del gatillo. Todavía estuvo boqueando un rato hasta que por fin se quedó quieto y pudimos pasar a proceder con las viejas que teníamos en el cuarto de arriba. Ya es muy noche y como que está haciendo hambre, ¿no?